

LOS VASCOS Y SU HISTORIA

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

(CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA)

Una reciente, y gratisima, visita a Ortuella me ha puesto, una vez más, frente a un hecho en extremo preocupante: el superlativo desconocimiento que el pueblo vasco tiene de su propia historia, al menos de su historia contemporánea. No es poca la ironía: resulta que un pueblo que presume de haber conservado su identidad y su memoria colectiva desde tiempos inmemoriales, que existe en su actual territorio desde hace unos 3.000 años, sabe poco menos que nada de lo que le ha sucedido en los últimos 150 años. No es preocupante, además, que sepa poco; lo grave es que lo que sabe, lo sabe mal.

Es dudoso que un alavés o un guipuzcoano sepan, por ejemplo, lo que ocurrió en Ortuella y en los pueblos próximos a esa localidad entre, digamos, 1800 y 1920. Dudo que sepan que allí hubo una importantísima zona minera, en la que trabajaban unos 15.000 mineros al año, y en la que, en aquel período, se extrajeron unos 170 millones de toneladas de mineral de hierro, cuya explotación arrojó unos beneficios que, estimados en precios actuales, pudieron representar la fabulosa cantidad de unos 300.000 millones de pesetas (o tal vez más).

Y fijémosnos bien. La exportación del mineral de hierro de Vizcaya fue la base de la industrialización de todo el País Vasco. La violentísima conflictividad protagonizada por los mineros vizcainos entre 1880 y 1910 transformó para siempre el equilibrio social de la región. En suma, allí y entonces cambió de raíz el País Vasco, se forjó el País Vasco actual. Este no se entiende ni se explica sin esa época del trabajo que fue la historia de aquella Vizcaya emprendedora y proletaria.

Y, sin embargo, ¿quién conoce esa historia? Un ejemplo puede ser ilustrativo. La inmensa mayoría de los vascos han oído hablar de Zumalacárregui (del carlista, al que yo llamo humorísticamente el «mal», por contraposición a su hermano el progresista, Miguel Antonio, un total desconocido pese a ser varias veces diputado por Guipúzcoa, ministro y presidente de las Cortes). Pues bien; la influencia de Zumalacárregui en la formación del País Vasco industrial y urbano —el País Vasco actual— fue nula. Sin embargo, se le honra de alguna manera en numerosas localidades vascas, incluso en Bilbao, cuando todo lo que hizo por esta villa, que se sepa, fue asediarla y bombardearla cruelmen-

te, por no querer someterse a la dictadura monárquica, absolutista y teocrática que propugnaba el caudillo carlista.

Alguno de aquellos grandes industriales mineros y siderúrgicos vizcainos cuyo capital hizo el País Vasco moderno tiene también alguna estatua en algún sitio perdido. Pero a aquellos trabajadores anónimos de las minas y a sus modestísimos dirigentes que con su lucha dignificaron el trabajo en Vizcaya y las relaciones laborales ¿quién les honra?, ¿quién les recuerda?, ¿en qué libro escolar aparecen sus nombres?, ¿saben nuestros jóvenes quiénes fueron Eduardo Varela o Facundo Alonso o Pascual Guinea o Constantino Turiel o el formidable Perezagua? Ni sus nombres ni los episodios que protagonizaron aparecen en esa multitud de libros de divulgación que sobre los hombres, las tierras y la historia del País Vasco han proliferado en los últimos años; no aparecen por parte alguna.

Es hora, pues, de poner remedio a injusticia tan patente. Los pueblos de la zona minera de Vizcaya poseen una historia apasionante. Tienen, además, una necesidad perentoria de recobrar su propia identidad. Puede comprobarlo en esa visita a la que aludía al principio y que motiva este artículo: creo que, entre el público que asistió a la conferencia que pronunció en Ortuella, se extendió un cierto sentimiento de orgullo colectivo al constatar —o conocer por primera vez— la significación histórica de las luchas obreras que, como he dicho, allí tuvieron lugar a principios de siglo. No es nada sorprendente: la historia local, sobre todo en el caso de pueblos obreros como el citado, da explicación, sentido y dignidad a la vida colectiva.

El País Vasco desconoce su historia más reciente. Está forjándose una conciencia de sí mismo mutilada y deformada: está construyendo su identidad sobre una amputación brutal de la verdad histórica. Tal vez se esté aún a tiempo de rectificar. Lo permiten, al menos, los actuales medios de difusión (televisión, prensa, ediciones en fascículos, vídeos, cine, etcétera). A ellos les compete, tanto o más que a la Universidad, una tarea imperativa: recuperar la verdadera historia del País Vasco (con «verrugas y todo», como Cromwell pidió que le hicieran su retrato). Y algo tendremos que decir ahí los historiadores.